

¡Sí, iré!

CHARLES MILLS



El autor de las lecturas de este año es **Charles Mills**

Ilustraciones: Xuan Le



A todo el mundo

«Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» Mateo 28:19.

Sara observó desde la ventanilla del vehículo de su papá como el tráfico avanzaba lentamente. *¿Cómo es posible?* –pensó frunciendo el ceño–. *Hay tantas personas y yo soy tan solo una niña.*

Papá abrió la puerta del lado del conductor y dejó caer una bolsa de provisiones en el asiento junto a ella. Entonces subió y se ajustó el cinturón de seguridad. «¿Tienes ganas de comer un guiso de verduras?» –le preguntó el papá mientras una sonrisa le iluminaba el rostro bronceado–. Mamá me pidió que lleve muchas zanahorias, arvejas y brócoli, por lo que creo que a la cena comeremos un rico

guiso de verduras con pan recién horneado. Hasta compré unas manzanas y bananas para postre».

Arrancó el motor e ingresó lentamente en el tráfico. Sara sonrió: «Sí, me gusta el guiso», dijo en voz baja, y entonces se volvió a los automóviles y personas que pasaban junto a la ventanilla.

—¿Estás bien? –le preguntó papá, mirando en su dirección–. Pareces seria. No estás parlan-china como siempre.

—Estoy bien. Solo que no entiendo –dijo Sara sacudiendo la cabeza.

—¿Entender qué?

La niña miró a su padre.

—El sábado pasado en la iglesia, el predicador dijo que deberíamos llevar el amor de Dios a todo el mundo. ¿Recuerdas? Dijo: «¡Vayan a todo el mundo!» Pero soy tan solo una niña. ¿Cómo se supone que puedo hacer lo que él dijo?

—Muy buena observación –dijo el papá asintiendo–. El mundo es un lugar muy grande con millones y millones de personas. Todos están ocupados yendo de aquí para allá, trabajando duro, procurando mantenerse vivos,

luchando contra las enfermedades, protegiéndose y protegiendo a sus familias. ¿Cómo podemos ayudarlos?

De pronto, papá salió del camino y estacionó. «Ya vuelvo», le dijo. Sara lo observó tomar una bolsa de manzanas y llevársela a un hombre que estaba al costado con un cartel que decía: «Tengo hambre. Ayúdeme, por favor».

Pocos minutos después, papá detuvo otra vez el vehículo y se bajó. Fue hasta donde estaba una mujer en silla de ruedas que esperaba para cruzar la calle. La ayudó a cruzar de un lado al otro, asegurándose de que llegara al otro lado sin problemas. Luego saludó y sonrió a un hombre que estaba sentado en un banco del parque con una mirada triste en el rostro. El hombre le devolvió el saludo.

Cuando el papá regresó a la camioneta, Sara sonrió.

—Ah, ya entiendo –dijo–. El mundo incluye a todos los que nos rodean, ¿no es así? Puedo ayudar a los que están del otro lado de mi ventana.

—¿Y sabes qué cosa combina bien con un servicio por amor? –dijo el papá sonriendo.

Los dos sonrieron y exclamaron al mismo tiempo. «¡Un guiso de verduras!»

ALISTÁNDOTE PARA IR

Esta semana, comienza a hacer una lista de cómo puedes ayudar a las personas. Entonces ocúpate de compartir con ellas el amor de Dios. Recuerda que ningún acto de bondad es demasiado pequeño. Para los necesitados, puede resultar algo enorme.

Pescadores de personas

«Y les dijo: “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres”»

Mateo 4:19.

«Quiero ser una discípula», anunció Sara a la hora de la cena.

Las cucharas de papá y mamá quedaron a mitad de camino entre el plato de cada uno y sus bocas. «Está bien», dijo el papá. «Qué bueno», respondió con una sonrisa la mamá.

El aroma de pan recién horneado y del guiso de verduras llenó el ambiente, mientras la pequeña familia disfrutaba de la cena. Papá y mamá sabían que cuando su hija hacía un anuncio así, era porque lo había pensado mucho y porque algo importante estaba por suceder.

—¿Puedes comenzar a ser una discípula después de la cena? —sugirió mamá—. No quiero que tu sopa se enfríe.

—Está bien —dijo Sara, sonriendo mientras mordía una rodaja de pan integral—. Pero, estoy un tanto entusiasmada.

Papá le hizo un guiño a su esposa y asintió. «Mi hija la

discípula —dijo con una sonrisa—. ¡Me gusta!»

Unas horas después, la mamá encontró a su hijita acurrucada en su cama, leyendo un capítulo de un libro de historias bíblicas, lleno de ilustraciones. Unos años antes, le había leído esas mismas historias a Sara. Ahora la niña estaba leyendo por su cuenta.

—Entonces —dijo mamá, sentándose en el borde de la cama—. ¿Qué hacen los discípulos?

—Oh, es muy emocionante —dijo Sara sonriendo—. En primer lugar, aprenden todo lo que pueden de Jesús. Entonces van y les muestran a otros cómo es Jesús.

—Parece fascinante —respondió la mamá.

—Y cuentan historias de la Biblia como estas —dijo Sara sosteniendo el libro—. Y ayudan a los que sienten temor y están preocupados. A veces, van de aquí para allá para asegurarse de que los pobres tengan que comer y los enfermos tengan quien los cuiden. Hasta entonan cánticos que hablan de Jesús. Yo sé varios. Y también expulsan demonios —dijo después de una pausa.

—¿Hacen qué? —dijo la mamá, asombrada.

—No te preocupes —respondió Sara con una risita nerviosa—. No es tan terrible como parece.

Aprendí en la Escuela Sabática que cuando oramos por una persona, cualquier demonio que esté por ahí sale disparado. El maestro dijo que la oración también expulsa los demonios de la ira, la tristeza y la vergüenza. ¡Es algo poderoso!

—Impresionante —dijo la mamá, acercándose hasta tocar el rostro de la niña—. Mi hija la discípula. Creo que Jesús te ayudará en el proceso. Él irá donde vayas y te enseñará qué decir y hacer. Cuando nos asociamos con Jesús, estamos en buenas manos.

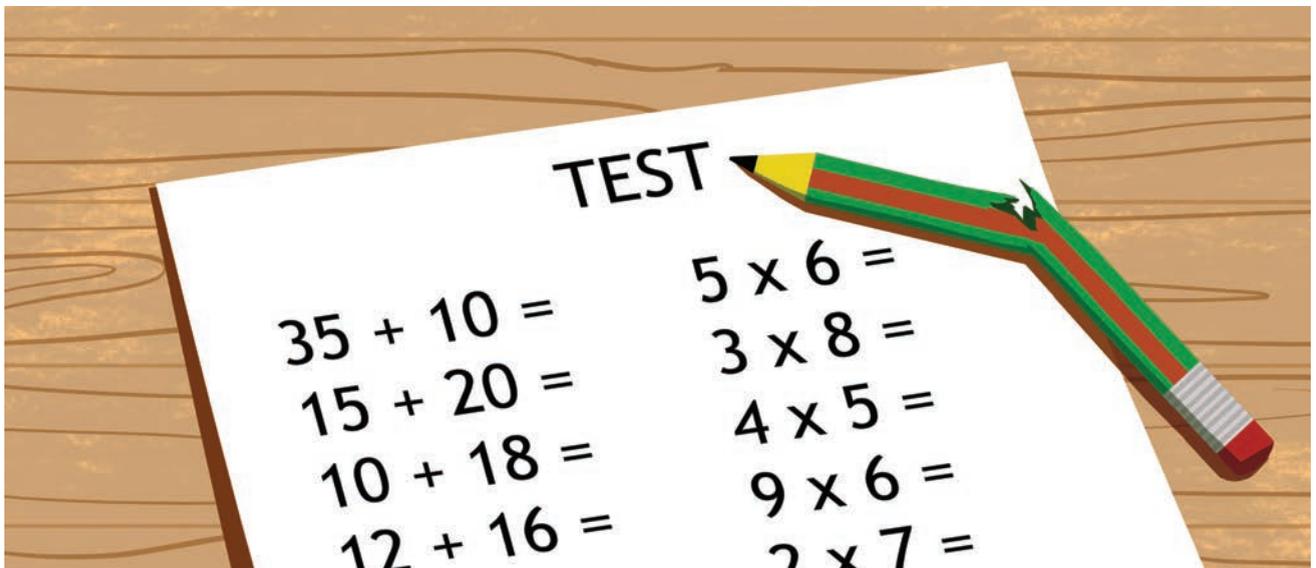
—Es por ello que estoy leyendo este libro otra vez —asintió Sara—. Si voy a trabajar junto con él, necesito saber todo lo posible sobre mi socio.

ALISTÁNDOTE PARA IR

Piensa en tu historia preferida de Jesús. ¿Qué tres cosas de él aprecias más?

¿De qué cuatro maneras puedes ser como Jesús al compartir su amor con los demás?





Me odian

«Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros» Juan 15:18.

Sara trepó al auto y apoyó la cabeza contra el asiento y dejó escapar un fuerte suspiro. El papá la observó durante varios segundos. «¿Qué sucedió? –le preguntó suavemente–. ¿Te fue mal en un examen? ¿Alguien te dijo algo malo?»

–No, no. Bueno...sí –contestó.

–¿Quieres hablar de lo que pasó?

–Solo quiero ser una buena discípula.

–Lo sé.

–Quiero compartir el amor de Dios.

–Lo sé.

–Entonces, cuando le dije a mi compañero Pedro que no tenía que hacer trampa en el examen de matemáticas y que yo le ayudaría a aprender a multiplicar por nueve, me contestó: «Déjame solo. ¡Sal de aquí! ¡No necesito tu ayuda! Y me dijo algo feo». Él me odia, realmente me odia.

–Estoy seguro de que eso te dolió –le respondió el papá.

–Y algunos de los otros niños dijeron que estaba tratando de impresionar a Pedro con mis

conocimientos de matemática. Ahora, ellos también me odian. ¡Es horrible ser discípula! –dijo sacudiendo la cabeza.

–¿Puedo compartir un versículo de la Biblia contigo? –le preguntó el papá.

–Sí, ¿por qué no...? –dijo Sara con expresión indiferente.

–Juan 15:18: «Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros».

–¿Quién dijo eso? –preguntó la niña frunciendo el ceño.

–Jesús.

–¿De verdad?

–Así es. Y a continuación agregó: «Si fueran del mundo, el mundo os querría como a los suyos. Pero ustedes no son del mundo, sino que yo los he escogido de entre el mundo». ¿Sabes? Algunos odiaron a Jesús cuando él quiso ayudarlos.

–¿Por qué?

–Bueno, algunos no confían en el amor de Dios. Creen que es como el amor terrenal, en el que hay que dar algo a cambio. Creen que, si eres bueno con ellos, ellos tienen que darte algo a cambio y, no quieren hacerlo.

–Oh, qué tontería –comentó Sara–. Solo quería ayudar a Pedro para que aprobara el examen sin meterse en problemas.

–Eso es porque estás demostrando el amor de Dios, no el

terrenal. Jesús se interesaba en otros simplemente porque los amaba y quería que hicieran lo correcto. Pero algunos no querían hacer lo correcto, por lo que lo rechazaron. Y lo odiaron.

–Tengo mucho que aprender sobre cómo es eso de ser discípula –dijo Sara cerrando los ojos.

–Oh, –dijo papá sonriendo– me parece que Dios ya te está enseñando lecciones maravillosas. Te está ayudando a crecer y madurar. Podemos agradecerle por ello.

Y así lo hicieron.

ALISTÁNDOTE PARA IR

Elige una manera en la que quieres que Jesús te ayude a crecer para ser su discípulo. Sé honesto.

La luz

«Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder» Mateo 5:14.

«¿Por qué no te enojaste?»

Sara levantó la vista de su libro de ciencias y vio que su compañero Julio estaba junto a ella. Su rostro estaba sudoroso y en sus cabellos oscuros y enredados aún se notaba la marca de su gorro.

—¿Qué dijiste? —preguntó.

—Cuando Tomás dijo que lo pellizcaste en el brazo, aunque era mentira, la maestra te hizo entrar por el resto del receso, y viniste para aquí sin decir nada. ¿Por qué no te enojaste?

Sara se apoyó en el respaldo de su silla.

—Le pregunté a mi madre por qué Tomás me trata mal. Me dijo que está enojado porque su papá se fue y acaso no regrese. Por eso está nervioso y anda diciendo cosas malas, pero es porque está triste. Supongo que quiere que otros también se sientan tristes.

Julio frunció el ceño.

—Entonces, ¿te perdiste el recreo porque no querías causar problemas al que te hizo perder el recreo?

—Supongo que sí —dijo Sara encogiéndose de hombros.

—Tendrías que haberlo pellizcado —le dijo Julio—. Él ya había dicho que lo habías hecho.

—Eso no es lo que hace un discípulo —le dijo Sara, riéndose.

—¿Un discípulo? ¿De qué estás hablando?

Sara dejó escapar un suspiro.

—Aprendí en mi iglesia que tengo que ser discípula de Jesús. A veces, ser discípulo implica pensar primero en otros, aun

cuando mienten. Tomás está triste y enojado, y no lo culpo. Si discutiera con él o lo acusara frente a la maestra, se sentiría peor. No quiero que pase eso.

Julio sacudió la cabeza y se dirigió a la puerta.

—Eres rara, Sara —le dijo—. Suerte con eso de ser discípula.

—Gracias, Julio. La necesitaré —le contestó con una risita.

Un par de minutos después, Sara sintió la presencia de alguien junto a ella. Era Tomás.

—Lo siento —dijo el muchacho—. Le dije a la maestra lo que hice y me dijo que tenía que venir para adentro por el resto del receso. Me dijo que puedes salir otra vez si quieres.

La niña pensó por un momento.

—¿Qué sabes de la luna?

—¿La luna? —le contestó Tomás frunciendo el ceño.

—Sí. Estoy leyendo sobre la luna y no entiendo cómo puede causar las mareas. Me parece que tú sabes mucho sobre ciencias. ¿Me lo puedes explicar?

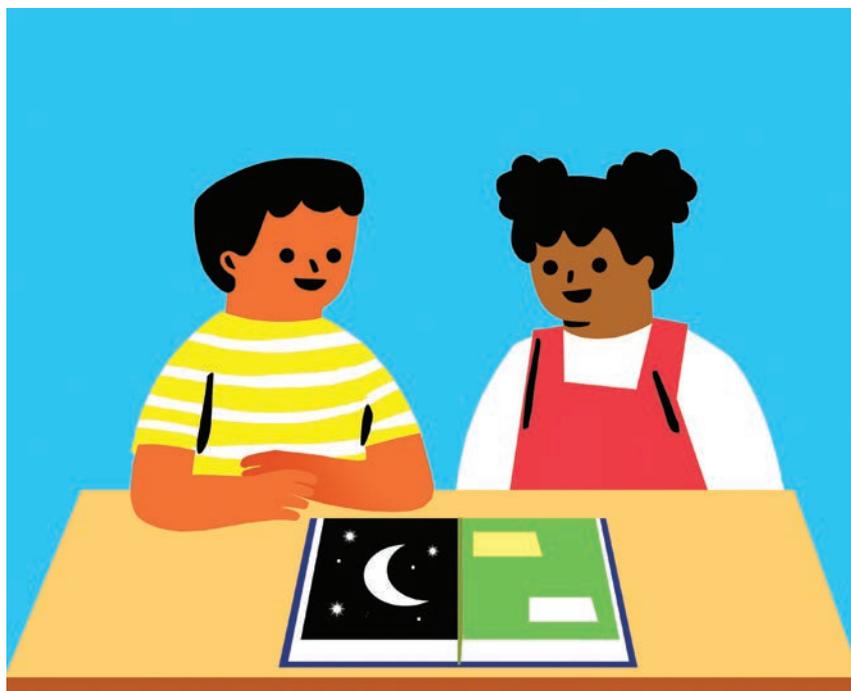
—Me *encanta* la luna —dijo Tomás con una sonrisa mientras se sentaba junto a Sara—. Sabes, hay algo que se llama *gravedad*.

Mientras sus compañeros jugaban afuera, el muchachito triste y la discípula hablaron sobre los secretos del Sistema Solar.

ALISTÁNDOSE PARA IR

¿Cómo te parece que un discípulo de Cristo haría frente a estas situaciones?

1. Hay un niño nuevo en la clase.
2. Un compañero que vive cerca de tu casa se enfermó y se atrasó con las tareas de la escuela.
3. Alguien te dice algo feo durante el receso.



La escuela del amor

«Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes» Efesios 4:29.

El pastor Miller levantó la vista de su computadora y vio que había alguien en la puerta de su oficina.

—Hola Sara —le dijo—. ¿Qué te trae a nuestra iglesia un martes?

Sara apoyó su bolsa de libros junto a la gran silla cercana a la ventana y se sentó con un suspiro.

—¿Hay una escuela para discípulos? —preguntó—. Creo que necesito tomar una o dos clases.

—¿De qué?

—Sobre cómo ser mejor discípula. A veces me va bien. Otras veces, me confundo y me equivoco. Jesús tiene que estar avergonzado por mi comportamiento.

—Oh —respondió el pastor, asintiendo—. Me parece que necesitas asistir a la Escuela del Amor.

—¿La qué?

—La Escuela del Amor. Es donde van los discípulos para capacitarse.

Sara se apoyó en su silla.

—¿Dónde se encuentra?

—Bueno, puede ser en la iglesia, la Escuela Sabática, o en el hogar. Hasta ha funcionado en una prisión.

—¿Una prisión? —respondió Sara asombrada—. No entiendo.

El pastor sonrió.

—La Escuela del Amor no es un lugar, Sara. Es una actitud. Los

discípulos tienen mucho amor en el corazón, y siempre están buscando maneras de usar ese amor. Quieren saber cómo servir mejor a su familia, amigos, compañeros y sus comunidades, incluso a su país.

—Entonces —dijo Sara—, ¿qué hacen en esa escuela?

—Estudian la Biblia, aprenden de los demás, cultivan talentos personales que los ayudan a compartir aún más el amor de Dios. Como el cantante que toca la guitarra o el artista o el fotógrafo que crea hermosas imágenes. Compró libros de aliento en línea para darlos a los presos de la cárcel local. Ellos lo aprecian. Aprendemos más de Dios cuando *compartimos* el amor de Dios. Toda esa capacitación y el estudio y desarrollo de nuestros talentos nos hace mejores en lo que hacemos. Si nos confundimos o equivocamos, Jesús está feliz de ayudarnos a resolver el problema.

—Entonces —respondió Sara, pensativa—. Jesús no está avergonzado. Solo está pensando: *Esa discípula necesita mayor preparación.*

—Absolutamente —le contestó el pastor Miller—. Por ello, te aconsejo que pases tiempo con las

personas, des palabras de aliento en los medios sociales, adoptes un papel activo en los cultos de la iglesia, y cultives tus talentos. Todo eso es parte de la Escuela del Amor.

Sara sonrió ampliamente mientras se dirigía a la puerta.

—Gracias, pastor. ¡Me voy a registrar hoy mismo!

—Nos vemos en clase —se despidió él.

ALISTÁNDOTE PARA IR

Aquí están tus tareas de la Escuela del Amor. Traza un círculo a las tareas amables que quieres realizar esta semana.

Lee un capítulo de los Evangelios cada día de la semana (Mateo, Marcos, Lucas o Juan).

Pasa una hora en la naturaleza, pidiéndole a Dios que te muestre algo increíble.

Practica uno de tus talentos hasta que mejores en esa actividad. Entonces compártelo con otra persona.



Cicatrices

«De aquí en adelante nadie me cause molestias, porque yo llevo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús» Gálatas 6:17.

—¿Qué es eso? —preguntó Sara al sentarse junto a su abuelo en el sillón. Del otro lado de la pequeña sala, la leña ardía en el hogar, enviando rayos de cálida luz sobre la alfombra.

—Oh, ¿esa pequeña cicatriz? —respondió el abuelo, examinando la parte de su brazo izquierdo hacia donde Sara estaba mirando—. La recibí cuando trabajaba de policía. A alguien no le gustó que lo quisiera detener cuando cometía un delito, por lo que me disparó.

—¿Te dolió? —preguntó la niña frunciendo el ceño.

—Sí, mucho.

—¿Qué pasó con el delincuente armado?

—Terminó en la cárcel.

—¡Eso sí que te habrá parecido bien!

El abuelo sacudió la cabeza lentamente de lado a lado.

—La verdad que no. Me puso triste pensar que no podía ayudarlo a vivir una vida mejor.

—¡Te disparó, abuelo! ¡Te disparó! ¡Tienes una cicatriz que lo prueba!

—Bueno, sí. Él disparó el arma. Pero prefiero vivir en libertad con una cicatriz que vivir en prisión sin ninguna, ¿no te parece?

Sara asintió lentamente.

—¿Por qué los malos lastiman a los buenos? ¿Por qué les dejan cicatrices?

El abuelo frunció el ceño.

—Supongo que a los malos no les gustan los buenos —dijo—. Quizá están celosos. Quizá pien-

san: *Esa persona buena me hace quedar mal. Por ello, lo lastimaré para que sea malo como yo. Entonces ya no estaré solo.*

—Jesús tiene cicatrices —dijo Sara suavemente—. En la iglesia, el pastor dijo que están en sus manos y en su costado. Las recibí cuando algunos malos colgaban de la cruz. Un día las veremos.

—Ya lo sé —dijo el abuelo con tristeza— Y el apóstol Pablo fue azotado varias veces porque predicó del amor de Jesús. Su espalda tenía muchas cicatrices.

—¿Dejó de predicar?

—¡Oh, no! Siguió predicando aún más. Más tarde escribió: «Tengo cicatrices en mi cuerpo. Estas me muestran que pertenezco a Cristo». No tenía vergüenza. Esas

cicatrices eran una prueba de que era un verdadero discípulo.

—Estoy tratando de ser discípulo —dijo Sara pensativamente.

—Lo sé —respondió el abuelo—. A veces, los discípulos son lastimados por personas a quienes no les gusta lo que dicen, o predicar, o cantan o escriben. A veces, las cicatrices son emocionales; son el resultado de palabras hirientes o de malas acciones. Pero los verdaderos discípulos saben que esas cicatrices significan que están compartiendo el amor de Dios.

—Lamento que te hayan disparado, abuelo —dijo Sara.

—Es el precio que a veces hay que pagar por ser un buen policía —reflexionó el abuelo.

ALISTÁNDOTE PARA IR

Traza un círculo en tus preferidos. (Fíjate por favor que algunas elecciones implicarán que otros se burlarán de ti, procurarán avergonzarte o te herirán con sus palabras y acciones).

Una vida llena de las acciones malas de Satanás

○

Una vida llena de las bendiciones de Dios.

Una vida eterna con Jesús en el cielo

○

Una vida breve en esta tierra.

Una conciencia cargada de culpa y vergüenza

○

Una conciencia clara y pensamientos llenos de esperanza.





Responde al llamado

«Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!» Filipenses 4:4.

El pastor le sonrió a la congregación mientras repetía la frase. «¿Hay alguien aquí que quisiera dedicar su vida a Jesús? ¿Hay alguien que quisiera ponerse de pie y decir: “Elijo ser discípulo de Cristo y seguirlo donde él me lleve?”»

Sara se había sentado con sus padres cerca de la plataforma. Mientras la invitación del pastor retumbaba en toda la iglesia sentía felicidad porque ya había respondido a ese llamado muchos meses antes. Había escogido ser discípula y, aunque no siempre le había resultado fácil, sabía que

era la decisión correcta.

Desde el momento en que se había puesto de pie y dicho: «Quiero ser discípula de Cristo», su vida había estado llena de muchos desafíos y oportunidades. Sara había incluso hablado con algunos de sus compañeros de clase y los había invitado a sumarse a las reuniones especiales de la iglesia. Eran programas de música y además había bellas historias. Algunos habían aceptado la invitación y disfrutado de escuchar la predicación del pastor y a otras personas que compartían sus talentos. A las visitas jóvenes les gustaba especialmente el hombre que tocaba la marimba y la mujer que cantaba mientras tocaba el ukelele. Varios de esos compañeros y sus padres estaban visitando la iglesia ese día y se encontraban junto a ella, escuchando la música del órgano mientras el pastor aguardaba la respuesta a su llamado.

De pronto, Sara escuchó un chi-

rrido en el banco en el que estaba sentada. Alguien se había puesto de pie. La niña miró para ver quién era y se quedó atónita. Era Tomás, el muchachito que tanto problemas y vergüenza la había hecho pasar en la escuela. Había mentido diciendo cosas de ella, se había burlado y le había hecho pasar momentos miserables. Con el tiempo, se había mostrado más amigable, pero el dolor de sus acciones aún la acompañaba.

Ahora estaba frente a toda la iglesia, llena de gente que decía: «Quiero ser discípulo. Quiero entregar mi vida a Cristo».

Varias personas más se pusieron de pie en respuesta a la invitación, pero Sara no lo notó porque estaba emocionada. Se dio cuenta de que Jesús la había usado para tocar el corazón de otro ser humano. Nunca antes había sentido tanto gozo.

Mientras el pastor oraba por los que estaban de pie, Sara sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Responder al llamado de ser discípula de Cristo había cambiado su vida. No podía imaginar ser otra cosa. No importa qué le deparara el futuro, sabía que siempre podría compartir el amor de Dios con todo el que se encontrara. Siempre sería discípula de Cristo.

Cuando el pastor terminó de orar, Sara dejó escapar un muy audible y gozoso «¡Amén!»

ALISTÁNDOTE PARA IR

¿Te gustaría ser un discípulo? Eleva cada mañana esta oración. «Querido Jesús, quiero ser un discípulo para ti. Enséñame, capacítame, y guíame en cada paso. Te pertenezco. Amén.»

Nunca es tarde

«El gozo, el éxito y la gloria de su ministerio deben consistir en estar siempre listo para escuchar con oído atento, para responder al llamado del Maestro: “Heme aquí, envíame a mí!”» (Mensajes selectos, t. 2, p. 191).

Elena White estaba soñando. Veía que su hijo Edson y unos amigos jugaban en una playa. Estaban tan absortos que no notaron que se estaban alejando de la orilla. Las olas del océano se elevaban más y más, avanzando en dirección al grupo, hasta explotar con un poderoso estruendo. Elena quedó atónita. «No tienes ni un minuto que perder –gritó mientras procuraba que la escucharan por sobre el viento y las olas–. ¡La contracorriente!»

Elena sabía que cuando las olas regresaban al océano, podrían arrastrar a los desprevenidos muchachos y se ahogarían. De pronto, escuchó que Edson gritaba, atemorizado. Entonces se despertó, temblando.

Pero su hijo Edson no era pequeño. Tenía 44 años y vivía lejos. Había tenido una vida llena de dolor. Había cometido errores y había mentido. Elena había tenido que pagar varias veces una fianza para sacarlo de la cárcel.

El mismo día del sueño, Elena le escribió una carta y le contó de su pesadilla. «La contracorriente representa el poder de Satanás y tu voluntad obstinada e independiente», le dijo. Le pidió que entregara su vida a Dios. Entonces sucedió algo maravilloso. Edson le creyó y reflexionó: No estoy en el camino correcto hacia el cielo. Necesito cambiar.

¡Y sí que cambió! Después de mucha oración, lanzó un nuevo ministerio. Compró un pequeño barco a vapor, lo bautizó «Lucero de la mañana»,

y navegó por el río Misisipi. Lo usó como iglesia y escuela para los afroamericanos de la zona, compartiendo el evangelio con ellos. Con el tiempo, ayudó a establecer quince escuelas, una casa editora y un hospital.

La historia de Edson White ofrece una maravillosa ilustración de dos lecciones importantes.

En primer lugar, los padres jamás deberían darse por vencidos ante las malas elecciones de sus hijos. Elena le escribió muchas cartas, y siempre le hizo saber que lo amaba.

En segundo lugar, jamás es demasiado tarde para llegar a ser discípulo de Cristo. Es por ello que cuando Edson finalmente permitió que Jesús entrara en su corazón y escuchó al Salvador decir: «Vé a todo el mundo a compartir mi amor», él estuvo listo. «¡Sí, iré!» –dijo con alegría– ¡Sí, iré!» Eso es lo que hacen los discípulos.

ALISTÁNDOSE PARA IR

¿Estás listo para ir y ser un discípulo? Considera con oración estas ideas.

Colabora como voluntario en un comedor comunitario local. Sirve los alimentos con bondad.

Crea maneras de recolectar fondos para ADRA.

Haz feliz a tu pastor ofreciéndote para ayudar en la iglesia.

Escribe mensajes alentadores a las personas que enfrentan problemas.

Editor

ADVENTIST WORLD, es una publicación periódica internacional de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Su editor es la Asociación General, División de Asia-Pacífico Norte de los Adventistas del Séptimo Día®.

Editor ejecutivo/Director de Adventist Review Ministries

Bill Knott

Director de la publicación internacional

Hong, Myung Kwan

Comisión de coordinación de ADVENTIST WORLD

Si Young Kim, presidente; Joel Tompkins; Hong, Myung Kwan; Han, Suk Hee; Lyu, Dong Jin

Editores/Directores asociados, Adventist Review Ministries

Lael Caesar, Gerald Klingbeil, Greg Scott

Editores en Silver Spring (Maryland, EE. UU.)

Sandra Blackmer, Wilona Karimabadi, Enno Müller

Editores en Seúl (Corea del Sur)

Hong, Myung Kwan; Park, Jae Man; Kim, Hyo-Jun

Director de plataformas digitales

Gabriel Begle

Gerente de operaciones

Merle Poirier

Coordinadora de evaluación editorial

Marvene Thorpe-Baptiste

Editores invitados/Consultores

Mark A. Finley, John M. Fowler, E. Edward Zinke

Gerente financiera

Kimberly Brown

Coordinadora de distribución

Sharon Tennyson

Consejo de dirección

Si Young Kim, presidente; Bill Knott, secretario; Hong, Myung Kwan; Karnik Doukmetzian; Han, Suk Hee; Gerald A. Klingbeil, Joel Tompkins; Ray Wahlen; *Ex-officio*: Paul Douglas; Erton Köhler; Ted N. C. Wilson

Diseño y dirección artística

Types & Symbols

A los colaboradores: Aceptamos el envío de manuscritos no solicitados. Dirija toda correspondencia a 12501 Old Columbia Pike, Silver Spring, MD 20904-6600, EE. UU. Número de fax de la oficina editorial: 1 (301) 680-6638

E-mail: worldeditor@gc.adventist.org Sitio Web: <http://www.adventistworld.org/>

A menos que se indique lo contrario, todas las referencias bíblicas pertenecen a la versión Reina Valera. Revisión 1995. Usada con autorización.

ADVENTIST WORLD es publicada todos los meses e impresa simultáneamente en Alemania, Argentina, Australia, Austria, Brasil, Corea del Sur, Estados Unidos, Indonesia, México y Sudáfrica.

Vol. 18, No. 11

